Mil días de mi vida

Manuel Álvarez

Mil días de mi vida

Manuel Álvarez

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2024
©Manuel Álvarez, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-45-5
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-13463-2024

Gracias, apreciada amiga Manuela (Nela).
Sin tus consejos para hacer correcciones al texto
este libro no sería el mismo.

Manuela Anguita Campos es
licenciada en Filología Castellana.
Educadora y activista.

A MANERA DE PRÓLOGO

Este libro, como otros de su clase, espera los ojos que interpreten las palabras que lo presentan al mundo. La voluntad del autor o sus proyectos literarios ya no cuentan. El libro pertenece al lector y este lo puede devorar reinventándolo.

Por lo tanto, el lector, puede continuar leyendo, pasando páginas, o puede entrar a formar parte del entramado con las ideas que aquí se plantean.

Mil días de mi vida, la nueva novela de Manuel Álvarez nace, como todas la suyas, de la pasión por contar historias. Como los juglares narrativos de la Edad Media y sin necesidad de desplazarse de pueblo en pueblo, mira, observa y escribe sobre lo que nos rodea y los que conviven con nosotros. A partir de este simple ejercicio, produce un material que nos informa sobre espacios que existen, personajes que son arquetipos de nuestros contemporáneos, vecinos o amigos.

La protagonista de la historia, como cualquiera de nosotros, anhela su realización profesional y vital, descubrir quién es, saber cómo amar; en definitiva, saber cómo vivir para ser feliz. En realidad, la novela conecta al lector con su propia reflexión existencial, comparándose con las aventuras y pensamientos del personaje central.

El autor presenta una mujer empoderada que se codea con el mundo masculino como una igual. No es una novela feminista, ni quiere serlo. Va más allá porque nadie le discute a la protagonista el derecho a poner en riesgo su vida o elegir su propio camino en su profesión o en el amor.

Es el marco que nos sirve para conocer a los personajes interactuando, relacionándose, para que los conozcamos y nos reconozcamos, para que los miremos o nos miremos.

Clasificarla en un movimiento literario concreto no se podrá. Su lenguaje, directo y claro, y sus descripciones objetivas pueden confundirnos y llevarnos a pensar que estamos delante de una narración realista o costumbrista, pero, de pronto, al girar una página, nos sorprende un poema que modifica nuestros esquemas placenteramente.

En realidad, es una narración donde clasificarla no importa lo más mínimo. Lo importante es conseguir, como decía George Steiner, que «la lectura sea una forma de escape, de entrar en un mundo distinto y adquirir conocimiento, sin tener que abandonar tu habitación». Tal es el poder de la literatura en todos sus géneros.

Creo que el autor se dará por satisfecho si el lector avanza un poquito «en el camino hacia la comprensión de la condición humana» (George Steiner).

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Yo nací en 1986, sin precisar día y hora; estamos en el 2015. Tengo veintiocho años, la misma edad que tenía mi madre cuando engendró la niña que tanto deseaba. En esta nueva etapa de mi vida, estaré a caballo entre mi casa y la nueva casa de mis padres.

De momento no tengo hijos, aunque estuve casada más de un año; aún espero estabilizar mi vida para ser madre antes de que se me pase el arroz, como dice mi madre.

Esta historia comienza en el 2011, cuando tenía cerca de veinticinco años. Doy por terminada esta historia en el 2015, sin saber qué me deparará la forja de mi futuro con mis nuevas obligaciones. El destino es la muerte, pero el futuro lo forjamos nosotros desde el presente, que nace y muere a la vez para convertirse en pasado.

La anterior casa de mis padres es lo que llaman un caserón por tener tres plantas. La heredó mi padre de sus padres, en el reparto que hicieron con sus tres hermanos; también le tocó una finca de secano de cuarenta hectáreas. No fue una herencia exactamente. Los padres de mis padres fueron acumulando fincas para que sus hijos tuvieran la vida resuelta; es muy típico en las familias de agricultores para evitar que los hijos emigren a zonas donde puedan buscarse la vida.

Mi madre también es del mismo pueblo. Aportó al matrimonio otra finca por herencia prematura. Cuando se casó la recibió como regalo de bodas; cuarenta hectáreas. Con las dos fincas, a pesar de que son de secano, se puede vivir cómodamente con mucho esfuerzo y tesón, pero eso no les falta a mis padres, que habían trabajado toda su vida en el campo con sus padres y hermanos hasta que se independizaron con el matrimonio.

Cuando se independizaron los tiempos modernos ya habían llegado para la agricultura en los pueblos. Las legiones de segadores han desaparecido, las yuntas arando también, los tractores lo hacen todo en pocas horas, la recolecta se hace con maquinaria especializada, la simiente está preparada con nutrientes, los fertilizantes tienen especificaciones técnicas para evitar la sequía. Como dije antes, la anterior casa de mis padres es una casa antigua típica de los campesinos de hace más de un siglo. Sus paredes de piedra tienen casi un metro de espesor, que también sirven como sillares de carga en muchos casos; las vigas siguen siendo de madera en algunas estancias, aunque en otras son de madera postiza, porque se ha reformado toda la parte baja donde vivían mis padres; también el tejado tiene reformas. Hace mucho tiempo que les dije a mis padres que quería convertir su casa en un museo, en su memoria y la de los abuelos. Está tan llena de recuerdos que huele a historia.

Al poco tiempo me dijo mi madre:

—Hija, hemos hablado con tus hermanos para que te dejen la casa, así podrás transformarla en un museo antes de nuestra muerte. Tus hermanos están de acuerdo, ellos ya tienen su propia casa, lo mismo que hicimos contigo. Desde ahora la casa es tuya.

Yo no paré de recopilar historias, aperos de labranza, fotos antiguas de la vida en el campo… habilité los dos pisos superiores como un gran trastero… Los padres siempre son nuestro refugio seguro cuando algo se tuerce como me pasó a mí.

Después de un paréntesis en mi vida volví a trabajar en el museo de la Vida en el Campo; es el nombre que le puse. Mucha gente me traía cosas cuando venían a visitar la evolución del museo; hasta el alcalde me felicitó. Todo el consistorio quiere contribuir a su propagación poniendo a mi disposición un historiador, don Asenjo Campoy. Yo le pregunté si es verdad que mis tatarabuelos descubrieron el agua que hoy disfrutamos.

—Lilia, es verdad documentada —me contestó.

Para corroborarlo me trajo fotos rancias de la época, dibujos imitando planos y también recortes de periódicos de la época.

—Lo que te han contado tus padres no es una leyenda —me advirtió el historiador.

Mis padres me contaron que, a pesar de que el pueblo está a seiscientos cincuenta metros de altura, el agua era escasa; hay algunas fuentes que se secan en verano. Para abastecer a la población había que tener aljibes que se llenaban en invierno para vaciarlos en verano. También se aprovecha aún el agua de la lluvia, recogiendo la que cae por las canales de los terrados.

Mi tatarabuelo compró una finca que era un pedregal sin valor que siempre había estado abandonado, pero como estaba cerca de la población pensó en construirse una casa en el montículo.

Justo en el montículo había un pedestal con una hornacina que contenía una virgen que parecía una muñeca Pepona. Santa Rosalía rezaba el letrero en relieve hecho de madera. Se cree que el dueño de la finca, Castro Bermejo, en un viaje que realizó a Palermo compró la estatuilla porque era una santa sanadora que libró a Palermo de la peste. La tenía en su casa dentro de la hornacina, para que todo el que tuviera un enfermo en su casa se la pudiera llevar temporalmente para que lo sanara. Poco antes de su muerte, Castro Bermejo depositó la hornacina en el pedestal para que se la llevara el que quisiera, pero la gente respetó el lugar donde estaba entronizada; solo algún enfermo se acercaba con rogativas para que la Virgen lo sanara. Con el tiempo se olvidaron de la Virgen, excepto algunas beatas que cuidaban la hornacina colocándole dentro flores de tela cada año y restaurando la hornacina cuando era menester.

Mi tatarabuelo pidió permiso al consistorio para trasladar la hornacina al lado del camino, de esa manera la finca no tendría que soportar paso por mitad. Como la santa no estaba catalogada, el consistorio accedió a cambiar de ubicación la hornacina.

En honor a la santa, mis padres me pusieron Rosalía, pero como Rosalía es una contracción de Rosa y Lilia, siempre me llamaron Lilia. Toda la familia es medio intelectual.

Cuando quitaron el pedestal se llevaron una sorpresa, ya que debajo del pedestal había lo que parecían restos de una conducción hidráulica mezclada con los restos de una pileta —como las que le ponen al ganado para beber—; estaba claro que en el pasado había agua en ese lugar o la traían conducida de otro lugar. Lo más probable es que fuera una fuente que cuando se secó fue abandonada, quedando solo el mojón de señalamiento en forma de pedestal.

Estas hornacinas con santos dentro, en aquella época, eran ambulantes. Se colocaban en las casas temporalmente portando un santo diferente para cada ocasión, dependiendo de lo que había que pedirles: santos sanadores o milagreros.

Mi tatarabuelo explicó al consistorio lo que había descubierto para ver si había constancia documental de la fuente o pileta para abrevadero. No había constancia de nada, pero llamaron a un zahorí que utilizaba la técnica de la rabdomancia con varillas para localizar agua subterránea. El zahorí dijo que había agua, pero era muy poca a mucha profundidad, que no valía la pena. Todos se desanimaron menos mi tatarabuelo, que empezó a sacar tierra como si estuviera haciendo un aljibe.

—Si no consigo sacar agua, me servirá de aljibe. —Es lo que siempre decía.

Estuvo dos años cavando a ratos sin encontrar rastro de agua. Ya era conocido en todo el pago como Ramiro el Iluso, el mote quedó para nosotros —los Ilusos—. Cuando el hoyo tenía más de diez metros de profundidad sin encontrar agua, se dio por vencido.

Una madrugada vinieron a llamarlo.

—¡Corre, ven! La Virgen ha hecho un milagro.

El hoyo estaba lleno de agua rebosante que bajaba por el montículo casi como un río que manchó a todo el pueblo del barro de la alegría. Desde entonces sigue siendo un pueblo de terreno árido, pero todo el entorno del pueblo es un vergel. Hasta tenemos un estanque con patos; bueno, los patos se los comieron, no se sabe si fueron las alimañas de dos o cuatro patas. Pero el estanque sigue estando rodeado de un parque con arboleda cruzado por un arroyuelo cristalino. En el centro del parque hay un anfiteatro donde se hacen las fiestas en primavera y verano. Gracias al agua tenemos varios restaurantes y también varias fondas de huéspedes; incluso un hotel da prestigio al pueblo para que vengan más visitantes. Todo el hospedaje siempre está lleno de turistas o de gente que nos visita. Santa Rosalía es la patrona del pueblo y tiene una pequeña ermita en el mismo lugar al lado del camino. Mi pobre tatarabuelo Ramiro se hartó de trabajar, pero el mérito se lo lleva la Virgen. Cosas veredes Sancho, para postre, no se pudo hacer la casa en el montículo.

Mis padres habitaron en la misma casa del pueblo desde que nacieron hasta que el ayuntamiento se la compró en el 2014. El pueblo se llama Ardave de los cuatro caños —porque el agua salía por cuatro sitios en la pared del pozo—. Ardave pertenece a la comarca de la Moraña, Arévalo, provincia de Ávila. Es un pueblo que nunca superó los dos mil quinientos habitantes. No es que sea un pueblo vaciado, es que tiene los habitantes que necesita para atender los comercios, talleres … Su fuente de riqueza son las llanuras inmensas sembradas de trigo mayoritariamente, aunque también de otros cereales o leguminosas.

Las llanuras que decía Machado en *Tierra de Castilla* con la encina polvorienta.

No hay árboles y los que hay parecen en la lejanía extraterrestres desgarbados, como si vinieran de un sitio donde hace tanto viento que se han desorientado.

Mi padre es labrador como siempre, aunque ahora el peso lo llevan mis dos hermanos. No obstante, él no para de hacer cosas y lo mismo le pasa a mi madre. Mis dos hermanos mayores que yo también son labradores, que solo llegaron al bachillerato por imperativo de mis padres.

—Hijos, si tenéis bachillerato, siempre tendréis la oportunidad de seguir estudiando cuandoesta vida del campo se vuelva hostil para vosotros. Yo comprendo a la juventud que busca otros horizontes como vuestra hermana —decía mi padre.

Conmigo se empeñaron en que tenía que sacar una carrera. Supongo que no me veían conduciendo un tractor o aclarando entre los surcos las malas hiervas y eliminando la aglomeración de plantas.

Hice Psicología Familiar que terminé a los veinticinco años con máster de especialización incluido.

Ver a mis hermanos en medio de un desierto ondulante cuando el trigo lo mueve el viento invita a la poesía. Mi padre escribe poesías, puede que sean sencillas con algún error en rima o métrica; yo también imito hasta sus errores ¿Un rudo labrador mecanizado escribiendo poesías? Es un tópico muy extendido que los campesinos son rudos e ignorantes. En mi casa no es el caso, está llena de libros que mis padres nos leían de pequeños o nos obligaban a leer; tanto mis

padres como mis hermanos son medio intelectuales para lo que se lleva por estos andurriales.

En estos pueblos se vive en el terruño, descansan en la taberna o viendo la televisión. Hay una biblioteca para los niños, según dicen los adultos.

Mi madre es ama de casa, se podría decir que es nuestra esclava a pesar de que hacemos todo lo posible para que no lo sea. Ella se desvive por todos nosotros. Ser madre debe ser maravilloso, cuando la veo tan feliz atendiéndonos. Yo por desgracia no soy madre. Creo que se me pasará el arroz como dice mi madre. Aunque aún llevo los ojos de los hombres pegados a mi cuerpo cuando paso delante de ellos.

Mi padre siempre está fuera de casa. Tanto la recolecta como la siembra tienen su momento exacto, no se puede dejar para mañana; el almacenaje del grano en atrojes secos para evitar que se florezca tampoco se puede dejar. La venta del producto conlleva una tarea tremenda. Después preparar la maquinaria, roturar el terreno para la próxima cosecha… Es extenuante, pero jamás salió una queja de la boca de mis padres ni de mis hermanos.

—Hija, el campo es así. Si no te desvives por él, no da fruto. El dios de los labradores no nos quiere hija. Es raro el año que no nos da un disgusto, por eso cuando todo viene bien hay que aprovechar los días y las noches.

Me da pena mi madre siempre tan sola. Como ella dice:

—Esto es una casa de huéspedes, solo los veo entrar y salir.

Ella.

Cuando el pueblo tiene sombras,
de agua fuerte,
y el sopor de las chicharras,
enmudece,
como buey que echa a andar
cansinamente.
Él vuelve con el trabajo al hogar
que lo mantiene ausente.
Ella tiene el pan sobre la mesa
solo espera más soledad.
Maldito pan que tanto pesa,
cuando esclaviza sin necesidad,
almacena tedio en la despensa
y el brillo frío de la infelicidad.

Ella retiene en su memoria
los instantes
que edulcora intencionada.
El álbum de fotos que atesora
congela su sonrisa y su mirada,
un diario escrito sobre agua
donde nada es báculo de nada.
Los hijos crecieron sin la gloria
de verles la frente coronada,

de cincuenta más dos noches
que el trabajo no lo llama
deja sabor de sal la almohada.
Ella ya no reconoce
al hombre que mueve la cama.
Se diluyó la palabra amor
en el paisaje sin ventanas,
monótono de la resignación,
no te amo si tu no me amas.
Tronco hueco bello caparazón
en pie por las raíces y ramas,
cuando el desamor la libera
el entorno la hace esclava.

PREÁMBULO

Con Juan, la vida tenía ese color especial de los atardeceres que tanto nos llaman a atención al final de cada día. Seguramente el atardecer de cada jornada con Juan tenía el color de la falta de aburrimiento, con esa nebulosa de arcoíris que tiene la vida placentera.

—Hija, te veo muy animada esta mañana, escuchando música y moviéndote al compás como solo tú lo sabes hacer.

Mi madre admira todo lo que hago.

Es verdad que estuve con mi querido Cuasimodo en una academia de baile; aprendimos tango y salsa. El tango me encanta, parecía una furcia con un traje rojo entallado que resaltaba todos los relieves de mi cuerpo con caída hasta el suelo, abierto por un lateral hasta el nivel de las bragas. Me dejaba un hombro al aire y parte de un pecho… Cuasimodo parecía un gánster, con un traje azul marino de rayas verticales blancas, camisa con chorreras mexicanas y sombrerito a los Gardel.

Escribí una poesía sobre el tango que he recitado muchas veces cuando actuábamos bailando tango.

El tango.
El tango es un corazón
y dicta el compás al mío
al son de un bandoneón,
que suena a promesas rotas
cuando acarician sus notas,
las fibras del corazón.

El tango.
Alma caliente
y luna fría,
sinuosa serpiente
que tiene su duende
en la melancolía,
del lamento de varón,
que vive preso en la piel
y en unos ojos profundos
de mujer, mujer,
donde está todo su mundo.

Sus letras saben a noche
a tugurio y a reproche
y al humo de cigarrillos,
piernas largas
pecho erguido,
vasos de carmín manchados
labios de licor prohibido,
que llega hasta los sentidos,
como una provocación.

Tango.
Espíritu de la noche,
noche,
que al hombre hace libre
libre,
de sí mismo y de Dios,
hasta al hombre más sencillo
lo vuelve truhan y pillo,
valiente y conquistador
pero esclavo irreversible
de juego de la pasión.

Esto lo escribo para demostrar que también tuve días bucólicos de felicidad, como si fuésemos dos niños jugando en los brazos de la felicidad desinhibida.

—Madre, llevo mucho tiempo con vosotros y ya es hora de que retome mi vida anterior. Creo que la consulta de psicología que cerré la podría reabrir. No me iba tan mal.

—Ya lo sé hija, los sacrificios que hiciste por amor.

—Madre, tú sí que has hecho sacrificios por amor.

—Eran otros tiempos, hija, la vida era dura. Si no apoyamos a nuestros maridos que son el sostén da la casa, ¿qué podíamos hacer? Hoy las mujeres trabajan en otros sectores para ser independientes, pero en estos pueblos solo hay el campo. Es lo que siempre hicimos, cada uno ocupando el sitio que le corresponde. A mí me tocó, porque yo lo quise, el cuidado de la casa con todo lo que conlleva y me hace muy feliz.

»Comprendo que te quieras marchar a rehacer tu vida. Eres una joven deslumbrantemente hermosa, además de muy inteligente, has trabajado sin descanso todo este tiempo, llevas la contabilidad, te cuidas de los impuestos, del pago de la maquinaria, me ayudas en casa… Estamos muy orgullosos de que estés con nosotros. Puedes quedarte toda la vida. Hemos repartido los beneficios contigo igual que con tus hermanos. Si te quedas, seguiremos haciéndolo. Aquí tienes el museo ya terminado, el ayuntamiento te lo ha cedido a perpetuidad. Podrías hacer visitas privadas, ahora que han puesto el proyector para pasar películas y diapositivas de la historia de esta tierra. Al menos espera un poco, las fuerzas vivas de pueblo te lo piden siempre. El historiador se pondrá muy contento y nosotros estamos deseando que te hagas cargo de museo.

¿Qué podía hacer?

—Vale, madre, lo prepararé todo para hacer las visitas privadas, aunque primero hablaré con las fuerzas vivas del pueblo, como tú dices, para ver cómo lo organizamos. Pero viviré en mi piso del pueblo, necesito ser capaz de vivir sola con los recuerdos.

—Como tú quieras, hija.

El piso estaba como lo dejé. El despacho de psicóloga parecía que me decía: «Escúchate a ti misma, tienes muchas cosas que contarte, pero no lo hagas para liberarte del pasado. Habla contigo para aceptar el pasado como la culminación de una etapa».

En ese momento comprendí que tenía que hacer para que el pasado fuera un hecho consumado sin que me alterara la vida el recuerdo.